

ner que romper aquel encanto y despedirse de la amada, despedirse de la primavera y del verano! Los últimos Poemas, los del 1958, están hechos de recuerdos, de caminos recorridos, de danzas folklóricas, rosas de otro tiempo, campanas que mezclan sus lamentaciones y sus alabanzas, formando una atmósfera mística, mientras el sol, como un gran pez, se desangra en el ocaso.

Aunque Leonardo Clark nos ofrece una poesía visual, íntima, divorciada de la convulsiva violencia ciudadana que la rodea, sin embargo este aislamiento es una de las conquistas más preciadas del carácter inglés, porque sirve de contrapeso al ajetreo diario, al contacto de codos, al hormigueo callejero, a la implacable puerta de hierro que lentamente vuelve a cerrarse.

PEDRO PENZOL

ALONSO ZAMORA VICENTE.—VOZ DE LA LETRA.  
Colección Austral.—Espasa Calpe, S. A.—Madrid Buenos Aires, 1958.

Cuando terminamos de leer "Voz de la letra", el último libro publicado por Alonso Zamora Vicente, nuestro interés se había colmado en dos facetas distintas. Por una parte sentimos que nuestro caudal de conocimientos se acababa de enriquecer considerablemente con las sucesivas lecciones que el culto catedrático de la Universidad de Salamanca había desarrollado, en el íntimo recogimiento de la lectura, ante nuestra atención. Todo en el libro es justo y exacto: la noticia y su proyección en el cañamazo espiritual de la literatura española; el sentido desvelado de obras decisivas, imprescindible ya para comprender algunos periodos de esa literatura; el análisis estilístico de un poema para descubrir, tras la creación lingüística, el latido angustiado de un poeta hambriento de humanidad, sentido a través de una sensibilidad que convierte el quehacer literario en médula estremecida de su propio vivir. En "Voz de la letra" nos encontramos, a la vez, con el Alonso Zamora Vi-

cente autor de "Las sonatas de Valle Inclán", o de "Presencia de los clásicos", y con el Alonso Zamora Vicente autor de "Primeras hojas", o de "Smith y Ramírez, S. A". De ahí las dos vertientes por donde se derrama el libro: la vertiente erudita, rigurosa y profunda, y la vertiente poemática, sensitiva y alada. En la crítica literaria española actual, el autor de "Voz de la letra" ocupa, por similitud de actividades, un puesto análogo al que ocupan Pedro Salinas y Dámaso Alonso.

Zamora Vicente agrupa los ensayos que componen su libro en tres apartados distintos. El primero y el tercero —"Libros y hombres vivos"—, —"Una mirada a América"— tocan cuestiones relacionadas con nuestra literatura próxima, y el segundo —"Los clásicos siempre"— se orienta hacia el recuerdo de nuestros autores pretéritos. No obstante, los tres apartados tienen una nota común, unificativa, que les da trabazón orgánica: el revivir desde el presente, desde nuestro atormentado hoy, el contenido de la obra añeja. Zamora Vicente sabe buscar entre los escombros del pasado la savia aún viviente, eternamente lozana, que califica y confiere imperecedero verdor a la obra clásica.

La primera parte del volumen —"Libros y hombres vivos"— consta de seis ensayos. El inicial, titulado "Vaivén de la literatura", es una visión conjunta de la constante e irrazonada oposición del tradicionalismo, un tradicionalismo hosco y reacio, regostado únicamente en la pereza mental, a todos los movimientos renovadores que llegaron a nuestras letras. Un ensayo esclarecedor que deben leer con detenimiento todos cuantos de un modo o de otro tienen trato asiduo con la historia de la literatura española.

Los cinco ensayos restantes están dedicados a Azorín, Pío Baroja, Unamuno, Juan Ramón Jiménez y Camilo José Cela. Siendo todos ellos de gran interés para conocer algunas facetas de esos escritores, y estando, además, escritos con sentido y verdadera emoción, arraigada siempre en recuerdos personales, se destacan, sin embargo, a nuestro gusto los que traían de Azorín y de Cela por lo que ambos tienen de caracterizados de ciertas peculiaridades noventayochistas.

"La Voluntad", de Azorín, le sirve a Zamora Vicente para fijar los rasgos genéricos, la actitud ante la realidad española, de los escritores

del noventa y ocho, así como sus preocupaciones fundamentales. "Judíos, moros y cristianos", de Cela, le sirve a su vez para reseñar la actitud de esos escritores frente al paisaje castellano, y la secuencia de esa posición en escritores posteriores. Verdad que todas estas cuestiones han sido tratadas ininidad de veces por nuestros ensayistas con afán de polémica o con propósitos valorativos. Zamora Vicente nos demuestra que aún se puede transitar, con holgura de paso, por las parcelas acotadas por dicha generación literaria. El, al menos, así lo hizo.

En la segunda parte de "Voz de la letra" encontramos tres breves notas de asedio, tres visiones parciales de nuestros clásicos. Hay en estas notas un lejano y fructífero recuerdo de crítica azoriniana. En la primera vemos a Lazarillo de Tormes "pasando el tiempo" en una soleada mañana toledana. Es éste, según Zamora Vicente, la primera vez que un héroe de novela deja pasar el tiempo en un dulce y acariciador no hacer nada, transformándose en pasivo y complacido espectador de las mil nimiedades que le rodean. En la segunda de estas notas se analiza el contenido dinámico y expresivo de algunas escenas del teatro de Tirso de Molina a través de la técnica cinematográfica actual. Y en la tercera contemplamos a Vicente Martínez Espinel, joven de veinte años, añorando en la inverniza Salamanca el cálido clima de su Ronda natal.

En el último apartado del libro —"Una mirada a América"— nos enfrentamos con un poeta americano, César Vallejo, y con dos novelistas españoles, Valle-Inclán y Cela. A través de una de las composiciones de "Poemas humanos", la que comienza: "Considerando en frío, imparcialmente", Zamora Vicente nos ofrece una visión de lo que es la estilística moderna. El poema de Vallejo aparece sagazmente analizado, tanto en su estructura gramatical como en su amplio contenido humano, adivinándose en el análisis todo lo que subyace en el revés de cada verso. Los dos novelistas españoles le dan pretexto al autor del libro para asomarse a su cátedra de Lingüística románica, y con sendos ejemplares de "Tirano Banderas" y de "La Catira" dictarnos una larga y trabada meditación en torno a un habla española integrada por todas las peculiaridades léxicas americanas y peninsulares. Para ello se sirve

del cañamazo vital y del lenguaje de ambas novelas, que estruja con sagacidad y agudeza.

“Voz de la letra” termina con un ensayo independiente de las tres partes que hemos reseñado. Es un trozo de los recuerdos estudiantiles del autor, en los primeros años de la Ciudad Universitaria madrileña. La tensión emotiva de estas páginas alcanza elevado tono poético, de regusto casi elegíaco. Los profesores que más impresionaron a Zamora Vicente aparecen dibujados con perfil nítido, ágil y expresivo. Son dos o tres anécdotas, dos o tres añoranzas, y cinco magistrales retratos, vistos con la lupa cordial de la gratitud, que es como miran siempre los discípulos a los maestros que de verdad supieron serlo. Y es evidente que Ovejero, Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás y Rafael Lapesa lo fueron para Alonso Zamora Vicente. Prueba de ello es el libro que acaba de ocupar nuestra atención.

J. VILLA PARTUR

GUILLERMO DE TORRE.—*Las metamorfosis de Pro-*  
*teo*.—(Buenos Aires, Edit. Losada, 1956.—Un vol. de  
334 págs.).

El madrileño Guillermo de Torre es, desde hace años, colaborador frecuente de publicaciones literarias y culturales de España e Hispanoamérica cuya nómina, nutrida y selecta, no importa ahora. Sus trabajos, bastantes de los cuales suelen ser tributo ofrecido a lo que la actualidad intelectual depare, no son jamás apresuradas páginas compuestas para cumplir un compromiso, para llegar a tiempo a una coyuntura conmemorativa; se distinguen siempre por el conocimiento del asunto abordado y el rigor de la propia meditación, una y otro comunicados en precisa y sabrosa escritura. Al cabo del tiempo, pasada la “ocasión” que fue motivadora inmediata, los trabajos de G. de T. pueden recogerse en volumen y salvar victoriosamente la nada fácil prueba de la relectura; tal sucede con los integrantes del conjunto agrupado en 1956 bajo el